

II

CARTA SEGUNDA

LA VOCACIÓN

(Conclusión)

Elección de la vocación en orden á la eternidad.—El alma á solas con Dios, —Vocación del teólogo y vocación del sacerdote.—Discernimiento de la vocación por la meditación sobre el santo sacrificio de la Misa. Su significación.—Importancia de la predicación.—Está en íntima conexión con el santo sacrificio.—La ordenación del sacerdote.—Su dignidad.—Muerte temporal y vida eterna.—Carácter del sacerdocio.

Una grave resolución, mi querido Timoteo, es la que acabas de tomar. Has elegido la teología como objeto al cual deseas dedicarte enteramente, y en tu carta me comunicas los motivos de tal decisión. Por ella me introduces en tu interior y haces que asista al discurso que has seguido para llegar á esta conclusión.

Todo pasa, te dices: y este pensamiento, en tí vigorosamente arraigado, ha producido su efecto y dado sus naturales frutos. Todo pasa; y ¿qué es lo que queda? Dios y yo su criatura; y ambos duramos eternamente. ¿Qué debo hacer? te has preguntado. Aconsejarme solamente con Dios, escuchar tan sólo su voz y meditar sobre lo que Dios ha pensado con respecto á mí desde la eternidad, á fin de conocer sus designios sobre mí. El mundo no tiene derecho á mezclarse en este asunto, pues se trata de la eternidad; lo que á él se refiere dentro y fuera de mí, todo debe callar. La vocación del teólogo es una cosa ideal maravillosa y que está muy sobre las criaturas; y en efecto, si el murmullo mundanal resonara todavía en mis oídos, ¿cómo había de escuchar atentamente el llamamiento de Dios? ¿cómo apreciar lo sublime de esta vocación, su grandiosidad y sobrehumana fuerza, si las imágenes de lo terreno se agitaran aún ante mis ojos y perturbaran mi fantasía?

(1) Alcibiad. II.—(2) *Λόγος θεῶς τις* (Phaed. I)—(3) S. Th. I II, q. 112, a. 5.

Razón tienes, mi querido Timoteo, al discurrir de este modo; razón tienes al escoger la soledad por tu mejor amigo y consejero, al seguir fielmente esa voz interior, que no engaña, y que por el testimonio de un discreto confesor se sabe que proviene de Dios. La felicidad que has experimentado, la paz que de esta resolución ha dimanado, la confianza con que miras el momento de la muerte y del juicio que la sigue, el sentimiento de gratitud para con Dios, que te ha sacado de mil vacilaciones é incertidumbres guiando tus pasos por el recto camino, todo eso es, sin duda, obra del buen espíritu en cuyas manos te has puesto. Desde ahora ya no te será difícil abandonar, por seguir á Jesucristo y su Evangelio, casa, hermanos, hermanas, madre é hijos, pues todo esto lo consideras ahora bajo su verdadero aspecto, reconociéndolo caduco y frágil, y sabes también que esta renuncia de lo temporal te producirá el cien doblado en la vida perdurable (1).

«Tan sólo en la eternidad pensaba», me escribes en tu carta, y en esto hacías muy bien, y yo te aseguro que en toda la eternidad meditarás sobre el día en que tan valerosa resolución tomaste abrazando esta vocación. «¡Ah si conocieses al menos en este día, lo que puede granjearte la paz y la felicidad!» dice el Señor (2). Jerusalén tuvo su día, y cada hombre tiene también el suyo, en el cual el Señor llama con voz más fuerte que de ordinario y con gracias más copiosas da aldabadas á la puerta del corazón.

Impulsado por la reverencia que Dios te inspira, y por el respeto á tu alma tan altamente ennoblecida, te prosternaste ante el trono del Altísimo, y de lo íntimo de tu corazón exclamaste: «Llama Señor, que tu siervo escucha; manda y obedeceré, guía y yo te seguiré.» Has conocido tu día, el cual te había sido destinado por Dios en el orden de su divina predestinación; los diferentes caminos que durante la juventud has recorrido, estaban preparados para guiarte á éste, y tu porvenir, tus trabajos y com-

(1) Marc. 10, 29 y sg.— (2) Luc. 19, 42.

bates, tus consuelos y alegrías y esperanzas y todo el fruto de tu vida, partirán desde este día, que influirá en tus futuros años hasta el punto de la muerte y hasta la hora de tu juicio. La elección de la vocación es acontecimiento que nadie prevé y que nadie lo sabe más que Dios; está oculto, y á veces misteriosamente guardado como perla preciosa en la concha del corazón, sin que de ella se tenga noticia. Cual delicada flor que ufana abre su capullo entre los pliegues del manto de la noche y se altera al contacto de áspera mano, así se muestra tierna y recelosa la vocación del joven. No todos la reconocen, muy pocos se hacen dignos de ella, y muchos son los que, fijos sus ojos en la tierra, la conceptúan, como en otro tiempo fué mirado el cristianismo, una locura. Á pesar de esto, debe reputarse como un acontecimiento de imponderable trascendencia, y sus efectos se hacen sentir más allá de las fronteras de la vida humana. Aunque lo ideal no es lo único verdaderamente real, pero lo sensible, visible y terreno es pasajero y por tanto carece de realidad permanente; es una imitación del verdadero ser, pero no es lo que verdaderamente existe y permanece (1). Lo invisible rige á lo visible y las relaciones espirituales son la verdadera vida y el alma del cuerpo material del mundo. ¡Cuán maravillosamente expuso esto el divino Salvador en su admirable parábola de la levadura que sazona toda la masa, es decir, el mundo entero! Lo que ahora importa es tener mucho valor. Dios te dará cuanto necesitas y mucho más, si á Él de lleno te entregas. El cielo te contempla; la santísima Trinidad de tí se ocupa en cierto modo. La omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo han creado al hombre; ¿cuánto más no obrarán al tratarse de llamar y adornar con sus carismas á aquél, mediante el cual ha de crearse en las almas un mundo sobrenatural y ha de establecerse el reino de Dios en

(1) $\sigma\chi\eta\mu\alpha$, figura huius mundi (1 Cor. 7, 31). Plato, Sympos. Aristot., De part. anim. I, 1; Metaph. VII, 3.

la tierra? Y aquí es donde con razón puede afirmarse, que á Dios no le duelen prendas; sin cesar derramará en tu corazón el torrente de sus gracias y usará para contigo de una medida grande y colmada. De cuando en cuando se vislumbrarán algunas nubes en tu horizonte, que anublarán un instante el corazón; mas el que una vez ha contemplado el claro sol, no vacila un momento en creer que estas nubes se disiparán, y que el brillante astro verterá de nuevo sus diáfanos rayos sobre el alma para la cual por un corto espacio se eclipsara. Por lo tanto, caro amigo, obra varonilmente y ámate: no te dejes arrastrar cual hoja seca por el viento de cualquier mundano afecto, ni confíes tampoco demasiado en las propias fuerzas. Éste es un don de lo alto que la humildad atrae sobre nosotros.

Hasta aquí he hablado de tu vocación de teólogo; pero no olvides, mi caro amigo, que el teólogo católico es algo más que un simple maestro ó un hombre de ciencia; es un sacerdote, y la ciencia teológica en él se endereza á hacerle apto para su ministerio sacerdotal. Investido de esta dignidad, debe ofrecer cada día el sacrificio de donde el raudal de las gracias se deriva; vicegerente de Jesucristo, debe penetrar en el santuario y llevar en sus manos el precio de la salvación del mundo, y presentar al Padre el Cordero sin mancilla, el Deseado de las gentes, el que borra los pecados del mundo. El que en la cruz se inmoló una vez de un modo cruento, quiere inmolarsse cotidianamente en mística forma, por manos del sacerdote, en nuestros humildes altares. Todos los altares no son más que un solo altar, todos los sacerdotes un solo sacerdote y todos los sacrificios un solo sacrificio, el gran sacrificio de reconciliación que día y noche no cesa de clamar al Padre pidiendo misericordia. Ya no hay pecado que el Padre no perdone, aplacado por este sacrificio (1); ya no hay gracia que

(1) Conc. Trid. Sess. XXII, c. 2: «Huius sacrificii, oblatione placatus Dominus gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit.»

mediante Él no derrame sobre nosotros y sobre la Iglesia; ni alma tan impura que por esta sangre no pueda sea lavada y purificada, adornada de celestiales dones y dotada y robustecida con fuerzas capaces de vencer al mundo entero. Como en el cielo los coros de los ángeles y bienaventurados rodean el trono del Cordero inmaculado ofreciéndole el sacrificio de adoración y depositando sus coronas á sus plantas, así la Iglesia militante se agrupa en torno del altar, semejándose á la gloriosa y triunfante para contemplar al vencedor glorioso del mundo, de la muerte y del demonio. En Él poseemos el verdadero cielo; puesto que en realidad, ¿qué otra cosa es el cielo sino Dios mismo y Jesucristo, que cubierto de magnificencia, está sentado á la diestra del Padre? El velo sutil de las apariencias separa por ahora la Iglesia de acá de la de allá; pero un día caerá ese velo, y veremos cara á cara á Aquel á quien actualmente adoramos oculto en el Santísimo Sacramento.

Merced, pues, al sacrificio del altar vive aún la humanidad y en él se parece el sacerdote al pie de la fuente de donde brota la gracia. Como los ríos del paraíso se dilataban hacia el oriente y el occidente, al norte y mediodía, así corren de aquí y se dilatan incesantemente los ríos de la gracia sobre la pobre y agostada tierra, y de ellos puede beber toda criatura; de aquí viene á los hombres toda bendición y salud así en los grandes acontecimientos de la historia, como en la escondida vida del justo y en el último aliento del moribundo.

Por esto afirmó ya el Papa Inocencio III que todo el santo sacrificio está lleno de divinos misterios, en los que se encierra una dulcedumbre inefable y celestial. Solamente penetrando en el secreto de estos misterios, llegamos á formarnos aproximada idea de la excelencia del oficio y dignidad sacerdotal, en virtud de la cual puede el hombre sentarse á este místico banquete que oculta pensamientos augustos y está lleno de unción y bendiciones, de gracia

y sublimidad. «Abre mis ojos—pedía el justo de la antigua Ley—para que yo pueda conocer los secretos de tus preceptos sagrados» (1). El culto en el antiguo Testamento presentaba en sus sacrificios una solemnidad grave y misteriosa, de la que el Apóstol hace mención en su epístola á los hebreos; y así como en aquél era el sacrificio símbolo y figura de lo futuro, así el nuestro á su vez reproduce místicamente el cruento ofrecido en el ara de la cruz. El antiguo culto era á la vez figurativo y prototípico, y por lo tanto simbólico y místico. También el culto del nuevo Testamento tiene su simbolismo y misticismo, pues sus formas é imágenes figuran las ideas y relaciones que tan íntimamente le unen á su centro, Jesucristo santificado. Y así como en la ley mosaica la más insignificante ceremonia encerraba misteriosa significación, así también en nuestra liturgia sagrada, y sobre todo en el santo sacrificio, no hay nada, por pequeño que parezca, que no tenga trascendental importancia. Es más; así como la naturaleza pone de manifiesto el poderío y sabiduría de Aquel que la creó, no sólo en sus grandes masas y formaciones sino también en los objetos microscópicos y fenómenos de menos momento, así también, según exponen los santos Padres y la Iglesia, la altísima significación del santo sacrificio, se echa de ver en todos sus símbolos, hasta en aquellos que, superficialmente considerados, parecen envolver un contrasentido. Por eso Vigilancio, en el siglo V, zahirió el uso de las velas en la Misa, y los monotelitas rechazaban la ceremonia de mezclar en el cáliz agua y vino, que al decir de San Cipriano (2) simboliza la unión de las dos naturalezas en Jesucristo. La Iglesia misma, en la bendición de los ornamentos sagrados, indica su elevado simbolismo.

No puede darse pues, querido amigo, mejor preparación al sacerdocio, que una detenida meditación de los misterios que en el sacrificio de la Misa se encierran. La Igle-

(1) Salmo 118, 18.—(2) Ep. 63.

sia misma te convida á ello y desea que la majestad de este sacrificio resplandezca con tanto más esplendor en su simbolismo, cuanto que por medio de él echa en nosotros hondas raíces la fe, y subimos hasta la contemplación de las verdades más altas y sublimes (1).

Ahora bien: si el sacrificio de la Misa significa la renovación de la obra salvadora de Jesucristo y un memorial vivo de su pasión y muerte, Cristo está allí presente, el cual se ha dado á la Iglesia con la plenitud de su gracia. El momento sublime de la redención fué la muerte en la cruz; y aquí el momento solemne es la consagración, incruenta pero viva representación de aquella. Partiendo de este punto, no te será difícil entender la mística significación de todas aquellas ceremonias que preceden y siguen á la consagración, y calcular la alteza y sublimidad del oficio sacerdotal que en tales misterios se ocupa. Al sacrificio de su muerte preparan los misterios de su vida, y lo que nosotros en la Misa solemnizamos, son los frutos de su muerte, de su resurrección y de su glorificación. De aquí que en ella se ofrece á nuestra consideración el triple oficio de Jesucristo, á saber: de profeta en la llamada misa de los catecúmenos, que nos instruye y dispone para la inteligencia de la verdad; de sacerdote en la consagración; y de rey glorioso en la comunión (2). Al oficio de profeta corresponde la fe, al de sacerdote la esperanza en la reconciliación, y al de rey glorioso el amor en la santa comunión.

Aquí donde Jesucristo desempeña su triple oficio por medio del sacerdote, se estrechan en íntimo abrazo los miembros de la Iglesia, porque la redención se extiende hasta los últimos confines del globo y con su virtud atrae los hombres á las fuentes de la gracia, desnudándolos de

(1) Conc. Trid. Sess. XXII, c. 5: «Quod et majestas tanti sacrificii commendaretur, et mentes fidelium per haec visibiliae religionis et pietatis signa ad rerum altissimarum, quae in hoc sacrificio latent, contemplationem excitarentur.»—(2) «Ob memoriam passionis, resurrectionis et ascensionis» (Can. Missae).

sus impurezas para que sirvan de piedras en el templo vivo que es Jesucristo; templo mil veces más espléndido que este otro templo material donde nosotros tan augustos misterios celebramos. La vida de la Iglesia y por tanto la de sus hijos, viene á ser una vida de sacrificio como lo exige su unión con Jesucristo sacrificado, que es íntima y sobrenatural, y está en el pan simbolizada (1). Por eso el santo sacrificio se celebra sobre el cuerpo del mártir que á su vez por Jesucristo se inmoló. En la unidad del pan, amasado de muchos granos, se simboliza la Iglesia militante compuesta de infinitos miembros, que unidos con Jesús se ofrecen en el altar. *Se ipsam per ipsum discit offerre*, dice San Agustín (2). Así la liturgia sagrada nos dispone para la ascética, que no es otra cosa sino vida íntima y hacerse una cosa con su cabeza inmolada. En este sentido se puede también afirmar que el santo sacrificio de la misa es el foco y centro de la vida de la Iglesia y de él recibe alientos y fuerzas para más alta vida.

Tanto el plan total de la redención de la humanidad, como el de la redención y santificación de cada individuo, recorre tres estadios, á saber: los de purgación, iluminación y unión. Véase por qué el sacrificio de la misa se completa en la comunión; pues la Iglesia entera lo mismo que cada particular entra en íntima relación con Jesucristo, ora en su vida al formar parte de su cuerpo místico, ora en su sacrificio por la renuncia y muerte del antiguo hombre carnal, ya finalmente en su muerte incruenta para de este modo resucitar con el crucificado á la gloria y á la felicidad sin fin.

Así es cómo en el santo sacrificio de la misa se nos ofrece una imagen viva de la vida humana, desde el gemido suplicante de aquel que alejado de su Dios clama pidiendo misericordia, hasta el hacimiento de gracias de la hu-

(1) I Cor. 10, 17.—(2) De Civ. Dei X, 20: «Cuius rei sacramentum quotidianum esse voluit Ecclesiae sacrificium, quae cum ipsius capitis corpus sit, se ipsam per ipsum discit offerre.»

manidad sustentada y vigorizada con el cuerpo y sangre de Jesucristo. Tal es la historia de la Iglesia en todos los tiempos y en todos los lugares. El sacerdote delante del altar se halla como en el centro del mundo; allí está la morada de Dios entre los hombres; allí se transforma la tierra sembrada de espinas en ameno paraíso y antesala del cielo; los ángeles rodean al sacerdote y se inclinan reverentes adorando á Aquel que el sagrado ministro en sus manos eleva. De aquí proviene el llamar á la Misa servicio divino (*λειτουργία*) por antonomasia, y que se considera como el nervio de la vida sobrenatural de la Iglesia, el elemento sagrado de toda devoción y un nuevo sol de gracia en la tierra que despide de sí continuamente luz, calor y vida. Del altar procede la bendición de la criatura en los sacramentos y sacramentales; en cada misa se realiza de un modo directo la redención de la criatura, redención que se trasmite y penetra por medio de los sacramentos en todos los órdenes de la vida, tanto individual como social (orden sacerdotal y matrimonial), los realza y espiritualiza elevándolos á una más alta y sobrenatural esfera. El sacrificio de la antigua Alianza se relaciona en figura con el cruento de Jesucristo, y la misa es á su vez viva copia de éste y también representación y anticipación del sacrificio y ofrecimiento futuro de toda criatura á Dios Padre (1) por medio de la suprema cabeza y sumo sacerdote Jesucristo, sacrificio que durará en la eternidad sin que lo perturbe poder alguno enemigo. De este modo la comunión es al mismo tiempo símbolo y causa de aquel estado glorioso en el que contemplaremos á Dios cara á cara, y eso se expresa en la oración que se recita en la poscomunión de la Misa del Santísimo Sacramento: *Fac nos, quaesumus, Domine, divinitatis tuae sempiterna fruitione repleti, quam pretiosi corporis et sanguinis tui temporalis perceptio praefigurat.*

Por aquí comprenderás, mi caro amigo, el segundo oficio del sacerdote católico, no menos importante que el pri-

(1) I Cor. 15, 23 -25.

mero, es decir, la predicación, su necesidad en el culto y su relación de dependencia con el santo sacrificio de la Misa. El título de profeta en Jesucristo está íntimamente unido con el de sacerdote y de rey: triple poder que él mismo confirió á sus apóstoles para que lo trasfiriesen á sus sucesores. El Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y verdad, perpetúa su vida en la Iglesia mediante el sacerdocio. Como las manos del sacerdote ofrecen el eterno sacrificio del cuerpo del Señor, así también sus labios anuncian la eterna verdad que Jesucristo vino á enseñar al mundo, y edifica, mediante la palabra y los sacramentos, su cuerpo místico, la Iglesia. A la manera que Cristo, sumo sacerdote, es el que realmente ofrece por manos del sacerdote, así también es el verdadero profeta que por sus labios habla. Hechó carne por nosotros reúne en sí cuanto abarcan y encierran la ciencia y verdad cristianas, y anunciando su palabra por el ministerio de sus sacerdotes, es el maestro infalible de la fe, excelentísimo guía del pueblo cristiano y antorcha luminosa en el camino que nos conduce á Dios; y esa luz guiará siempre á los fieles por la vida de la felicidad á pesar de las contradicciones de la herejía y de las olas que levante la incredulidad. Con decidida confianza é inquebrantable firmeza se dejan guiar del espíritu por cuyo poder se transforman en oblación sagrada el pan y el vino, y que como espíritu de verdad obra y reina en su santa Iglesia y por consiguiente en los que en ella enseñan, los cuales, aunque considerados como hombres son débiles y están expuestos á caer en todo error, pero el mismo espíritu obra en ellos y mantiene su fe más vigorosa é invencible. En este sólido principio estriba la grande autoridad del orador sagrado, que habla, no en nombre propio sino en el de Cristo que le ha enviado, como envió á sus apóstoles, prometiéndoles su asistencia y protección hasta la consumación de los siglos. Predica con la autoridad del mismo Dios que lo escogió para esparcir la divina semilla evangélica,

y le puso en sus labios las palabras del Evangelio. Mediante la predicación se prepara el camino para la fe y se da lugar á que la gracia edifique y perfeccione en el hombre la obra de la salvación. De ley ordinaria á la predicación acompaña siempre la gracia; aquélla planta en lo exterior, y ésta fructifica en lo interior; y de ahí se deriva la obligación que á todos incumbe de oír la palabra divina para entrar en el reino de la gracia (1). Por eso, al escuchar la Lydia á los apóstoles, Dios abrió su corazón á la fe. (2) Ahora bien, si la fe procede de la predicación, ¿cómo podrán invocar á Aquel cuyo nombre nunca han oído? y ¿cómo podrán oírlo si no hay quien se lo predique? (3) Por lo mismo exclama el profeta: ¡Ay de mí si no predico! (4) y los apóstoles decían que no podían permanecer silenciosos (5). Por esto la Iglesia desde su nacimiento ha considerado, y con mucha razón, la predicación como el deber más importante y sagrado del cargo episcopal. Á la manera que en Jesucristo el oficio de profeta y sacerdote se ejerce simultáneamente, así entre el Verbo encarnado, es decir, su cuerpo real, y su cuerpo místico, la Iglesia, existe íntima é indisoluble alianza. La Iglesia es el seno maternal donde el espíritu de Cristo da el ser á la «nueva criatura» mediante la palabra del Evangelio. Mediante lo cual, como dijo Tertuliano, toma otra vez la palabra de Dios una como forma humana (6): *Sermonem constituens vivificatorem.... eundem etiam carnem suam dixit.*

En la predicación vive Jesucristo perpetuamente de una manera mística: por ella edifica, extiende, consuela y hermosea su Iglesia, perpetúa á través de los siglos su obra de salvación y sustenta nuestras almas con el pan de su divina palabra, y con el manjar de la divina Eucaristía incorpora consigo al hombre. El objeto, pues, de la predicación es traducir la divina palabra, haciendo que penetre en los corazones para convertirlos, explicarla y aplicarla

(1) Marc. 16, 15.—(2) Act. Apost. 16, 14.—(3) Rom. 10, 14.—(4) Is. 6, 5.—(5) Act. Apost. 4, 20.—(6) De resurr. carn. c. 37.

al propio tiempo. Si la palabra evangélica tiene la virtud de penetrar hasta lo íntimo del alma como espada de dos filos (1) y separar entre la carne y el espíritu, se debe exclusivamente á que es palabra de Dios y no del hombre. Si abre las inteligencias á la luz de la fe; si infunde á los mártires sobrenatural valor y hace de débiles mujeres incomparables heroínas; si ha cristianizado y moralizado á Europa y poblado de santos los áridos desiertos; si da fortaleza al flaco, consuelo al triste, paz al tímido y firmeza al que es combatido por la duda, es únicamente porque es palabra de Dios, á cuyo servicio como humilde criada se ha puesto la palabra humana. Si la palabra de Dios no constituye el alma de la predicación y le da eficacia, no pasa ésta de un armonioso sonido sin efecto alguno, por elocuente y arrebatadora que parezca según la humana consideración. Del altar procede la predicación; y aquí es donde las llamas de la caridad deben inflamar el corazón del sacerdote, y aquí es menester que se empape en los eternos y sublimes pensamientos que son los que ilustran y robustecen el espíritu. Grandes pensamientos producen egregios discursos, y las ideas sobrenaturales que encienden el corazón del sacerdote, y que sus labios anuncian, convencerán pronto á los oyentes de que ha sido enviado por Dios.

Por lo dicho comprenderás, mi caro Timoteo, lo que representa el sacerdocio católico, y lo que significa el altar adonde tú subirás cada día como Moisés al monte. Es Belén adonde el Hijo de Dios desciende, y no en figura de tierno infante, sino que, ocultando su majestad, se hace misteriosamente invisible bajo humildes y visibles especies. Aquí está Emaús, donde Jesucristo con nosotros peregrina y nuestro pecho arde al escuchar sus divinas palabras, aunque se nos encubra por el momento; aquí el Gólgota donde con María y Juan asistimos al sangriento y doloroso sacrificio de la cruz; aquí, en fin, celebramos

(1) Hebr. 4, 12.

el duelo del Viernes santo y el júbilo pascual, pues Jesús ha resucitado para nunca más morir. Tierra y cielo aquí se unen, y de aquí esparce sus lípidos rayos el sol celestial y eterno, sobre la nublada y obscurificada vida terrenal, alumbrándola y divinizándola. Desde ahora no es ya la tierra un frío sepulcro cubierto con los huesos de los millones de mortales que nos han precedido; Dios habita en ella y con su presencia la ha convertido en tierra santa.

A vista de esto, ¿qué significa el sacerdote? Elegido entre los hombres, es el destinado á ofrecer á Dios el sacrificio (1). ¡Y qué sacrificio! Cuando el obispo va á consagrar una iglesia, ¡cuánta preparación no se requiere, cuán imponentes ceremonias, qué apresto de los diferentes objetos del culto no se exige! Y con todo no se trata sino de un edificio de piedra. Mas ¡qué diligencia y aparato no despliega la Iglesia al tratarse de la bendición y ordenación del sacerdote! Siete veces le conduce ante el altar; desde la cabeza á los pies lo cubre con sagradas vestiduras, y ante el clero y pueblo, reunidos como testigos, le anuncia por boca del obispo lo sublime y altísimo de su dignidad. La Iglesia entera ofrece por él sus oraciones el día de su ordenación; el obispo se prosterna arrodillado y pide á Dios por él como Jesús por sus discípulos en el huerto de las olivas; á la invocación de todos los santos, se prosternan los ordenandos, la frente en tierra, y se entregan á sí mismos en holocausto á Dios para que puedan ser sus dignos ministros; y al hacerse silencio, ponen el obispo y con él los sacerdotes presentes sus manos sobre ellos. ¡Qué palabra humana podría expresar lo que pasa entonces en su alma! Recitando otras preces impone el obispo al nuevo sacerdote la estola y demás ornamentos sagrados, símbolos del sacrificio y del amor, y unge sus manos á fin de que «lo que ellas bendigan, sea bendito y consagrado.» ¿Qué más podría hacer la Iglesia? Y según esto, ¿qué representa el sacerdote? Un milagro de la gracia, un templo vivo en

(1) Hebr. 7, 26; 8, 3.

el que Dios ha depositado los más encumbrados poderes de que jamás fué revestida humana criatura. Reverenciamos, y con razón, un lugar santo, iglesia ó ermita, y apreciamos en mucho un relicario; mas ¿qué tiene que ver todo eso comparado con la santidad del sacerdote, trasformado, realmente en santuario del Espíritu Santo? ¡Cuán potente se ostenta la palabra que sus labios articulan, la más santa y sublime que en los cielos y en la tierra existe! A su voz descende al altar el Hijo de Dios, y se verifica una como nueva creación de lo sobrenatural que al sonar aquélla parece en el mundo visible. Su lengua se humedece cada día con la sangre de Jesucristo. Sus ojos ven al que otros innumerables desearon ver y no vieron; y si bien es cierto que lo contempla bajo el velo de las apariencias, no lo es menos que le ve real y verdaderamente. Sus manos unguadas con el óleo santo han venido á ser como un trono en que el gran Dios toma asiento, y como patena sagrada, llena de celestiales dones, que se eleva al cielo para atraer sobre nosotros bendiciones y misericordia. ¿Y quién podrá dignamente explicar le que es el corazón del sacerdote? Un altar en que cada día se inmola á sí mismo al ofrecer al Hijo de Dios, un portal de Belén y un santo Sepulcro en que el divino Salvador reposa. Por eso exclama la Iglesia en la ordenación sacerdotal: *Agnoscite quod agitis, imitami quod tractatis, quatenus mortis dominicae mysterium celebrantes mortificare membra vestra a vitiis et concupiscentiis omnibus procuretis.*

El medio que empleó Jesucristo para la redención del mundo fué doble; pues habiendo muerto, como dice el Apóstol, por nuestros pecados, resucitó para nuestra justificación (1). De aquí dimana el doble carácter de muerte y vida que encierra el sacerdocio; muerte mística en el sacrificio, y vida sobrenatural que de esta fuente continuamente brota, y en la que se halla un gozo anticipado de la gloria y bienaventuranza eternas. Abandonando lo terreno

(1) Rom. 4, 25.